

ECO DEL SEGURO

AÑO. IX.

CIEZA 11 MAYO DE 1913.

NÚM. 417.

Del Día

Sin darnos cuenta, nos hallamos á la mitad, casi, del brillante y hermoso mes de las flores; del mes dedicado á la Soberana Reina del Cielo; del mes de Mayo.

Y la naturaleza regala nuestros sentidos con los vistosos colores, con que se engalanan y visten bosques, prados, valles, montes, cerros, eriales, jardines y vergeles; con los ricos, variados y embriagadores perfumes que despiden sus políromas y gayas flores; con los acordados y no aprendidos cantos de las parleras avecillas, que pueblan las arboledas, entre cuyos trinos descuellan el de la gentil y mágica fíorenna de los bosques.

Todo convida á vivir; toda Naturaleza, contemplada, llena el pecho de goces y el alma de dichas; todo proclama, que tan deslumbrantes y portentosos efectos, son producidos, por una primera causa sobrenatural y absolutamente eficiente.

¡Que hermoso es Mayo!

El campo, ¡cuántas delicias en este mes proporciona! ¡Quién pudiera, siguiendo las doctrinas del inmortal Fray Luis de León, vivir en el campo deleitoso, retirándonos de este mundo de ambiciones y de miserias, y, allí, con pobre mesa y con casa pobre, acabar nuestra vida, felices, tranquilos, *ni envidiados ni envidiosos!*

¡Cuán desventurados los que, por fuerza, hemos de vivir sometidos á las torturas de una vida contraria á nuestra honda manera de pensar y de sentir!

¡Desgraciados aquellos que, sin poder, han de soportar las vanidades, las soberbias, las miserias las ignorancias supinas de sus semejantes, los que á todas horas hacen alarde de lo que en absoluto carecen, ante el mundo más civilizado!

¡Desgraciados de nosotros, que en nuestra vida no recogemos, á

cambio de nuestro afecto y buena voluntad para cuantos nos tratan, otro premio, que la desconsideración el despego, y el desvío!

La sociedad paga de ese modo, porque la sociedad está mal educada, porque la ignorancia, se erigió en reina de las sociedades, y, desde su trono, reparte dadivosamente, á manos llenas, sus dones, entre los estultos é insipientes, haciéndolos engreírse, á fuerza de lisonjas, de adulaciones y de petulancias, y hechos globos, hinchados á fuerza de oxígeno, en tanto se elevan y una vez elevados, á costa de ageno esfuerzo, miran con desdén, compadecen al que deben su *elevación*, apóstrofan y repriminan al que los puso en trance de *ser globos*, sin pensar en el daño que causara, y desde la altura, se proclaman dioses; no reconocen sobre ellos otra autoridad que la suya, ni otras leyes que las que ellos dictan, ni otra moral que la que se formaron á su uso; y cuanto más se elevan, á fuerza de arrastrarse, más ansían subir, no pensando, en su ceguera intelectual, que pueden caer al fondo insondable de la conmisericordia y del abandono, cuando la luz poderosa de la razón sana queme sus blandas alas de cera, como aconteció al desgraciado Icaro, cuando quiso, en su soberbia, llegar al sol, en hora maldecida, y el sol derretió las alas, y el soberbio é ignorante cayó, para más no alzarse, al abismo insondable de las entrañas profundas del rugiente Ponto, deshechas sus alas y convertidas en polvo su soberbia y su ignorancia.

Los hombres de hoy, los, desgraciadamente, ineducados, los que quieren ser maestros, sin haber sufrido el forzoso y necesario aprendizaje; los que sueñan con ser generales sin haber sido soldados, y profesores sin haber ido á la escuela, y letrados sin conocer el *Digesto*, y sacerdotes sin saber los preceptos del Decálogo, y jueces, siendo enemigos declarados y furibundos de Astrea, y se declaran libres no

teniendo otra libertad que la de Prometeo, estos desgraciados son la primera ruina de la sociedad, por que hablan de lo que desconocen y confunden de modo descarado y censurable, derechos y obligaciones, cargos y datas.

No podemos resistir la tentación de copiar estos versos que leemos en la hoja de almanaque que, casualmente cae en nuestras manos:

«LAS ESPIGAS.

La espiga rica en fruto
se inclina á tierra,
la que no tiene grano
se empina tiesa.
Es en su porte,
modesto el hombre sabio
y altivo el zote.»

¡Que hermoso es Mayo, y cuántas alegrías proporciona al que lo contempla!

R. M.^a CAPDEVILA.

La Sílida del Aeneiducto

Poema Romántico

por

J. A.

CANTO II

Los votos.

Venció el temor de provocar enojos
En el pecho de un padre despiadado.
Llenos de llanto sus hermosos ojos
Salió de la ciudad, buscó el convento,
Y el hábito sagrado
Vistió más con dolor que contento.
Y como ya cumpliera el noviciado,
Es fuerza ante las aras religiosas
Dejar el holocausto consumado
Con solemne renuncia de los gustos
Y corruptibles cosas,
Lejos del mundo entre los hombres justos.
El corpulento abad con voz sonora
Que en las capillas cóncavas se espacia
Mientras el joven agitado llora,
Le exhorta á consumir el sacrificio,
Y con unción y gracia
Contempla el largo llanto del novicio.
«Aquel que habita de Sión sagrada
Los santos muros, exclamó, no debe
A la tierra de Egipto desgraciada
Volver con el mundano pensamiento;

Porque si atrás se mueve
Con temerario pie cayó al momento.
El Señor os admite en sus moradas,
Estáis dentro del Arca misteriosa
Dónde las inconstantes oleadas
Hundiros no podrán enlo profundo:
El alma aquí reposa
Libre del mal, con que se infecta el mundo.
Sea vuestra pureza semejante
A la del querubín; el leve aliento
Empaña el cristal terso y rutilante;
Y si fué, por desgracia, cometido
Impuro pensamiento,
Mancha el alma del misero caído.
Os toca obedecer, tan elegantemente,
Que jamás la razón ponga en balanza
Lo que os mandase Dios omnipotente
Por boca del prelado y vuestro antojo,
Que el obediente alcanza,
Hasta templar el celestial enojo.
El Redentor clavado en un madero
Desnudo, yerto, pálido, espirante,
Os marca, sin cesar, aquel sendero
Que conviene á los místicos varones.
Permaneced constante
Y ayudados con puras oraciones,
Calló el abad. La santa compañía
Con un canto monótono y pausado
Entonó lo piadosa letanía,
Esforzando los monges el acento,
Que como el ponto airado
Iba en disminución, iba en aumento.
Después de breve pausa invocan todos
Auxilio del Espíritu divino.
Aquél que un tiempo en milagros mudos
De la Iglesia sin mancha, y verdadera,
Sobre el Senado vino
Para fortificar la fé sincera
Llega Ricardo á su fatal momento.
Se aproxima á las aras vacilante
Y tiembla, como á vista del tormento,
Un esclavo infeliz temblar pudiera.
Se muda su semblante,
Y oprime al corazón angustia fiera.
Jurar solemnemente en los altares
Execración y olvido á la que adora,
A la que mitigaba sus pesares,
No puede, no, que siempre ha detestado
La ingratitude traidora,
Y ni puede olvidar, ni ser malvado.
Si quiere hablar, acorde con el labio
No late el corazón, ni lo consiente,
Ni puede al alto cielo hacer agravio
Con vil simulación y con mentira;
Mortal angustia siente,
Duda, teme, se atreve y se retira.
A media voz mezclada con sollozo,
Promete castidad más ¡ay! entonces
Desatado del duro calabozo
Domina el huracán y se golpea,
Las puertas con sus bronces,
Qual si impulsadas de las furias sean.
Un estruendo feroz las expresiones
Sofoca de la víctima inmolada.
Se apagan de repente los blandones
Y retiembla el marmóreo pavimento:
Naturaleza airada,
Si lo escucha no aprueba el juramento.
Burlóse amor de la promesa odiosa
Con maligna sonrisa, y agitando
Las alas de pintada mariposa,
Al lanzarse en los brazos de Ciprina,
El caso fué contando
Con enojo pueril y voz divina,
Atónito el prelado, bien quisiera
Suspender aquel acto religioso
La ceremonia santa; considera,

